



EL NORTE

Nº 1273

1-3

EL NORTE
Nº 1273
21-MARZO-1934

1-3

Evolucion y revolucion.

V.

El progreso no es un movimiento continuo en línea recta; es una serie de choques y rechazos, acciones, que de ordinario tan insignificantes son, que pasan desapercibidas y hacen la ilusión al espectador de un movimiento lento y gradual, pero continuo. En el progreso hay un elemento que resiste y otro que empuja.

A las veces estas pequeñas diferencias se acumulan, la resistencia es mucho mayor que el empuje, y los pequeños choques que impulsan la masa social hacia adelante se van sumando, agrupan y concretando. En un momento su suma llega a ser suficiente para vencer la resistencia; el choque es violento, la reacción violenta también, la revolución se produce. Cuando esta suma de pequeñas causas no iguala y sobrepasa a la resistencia, tras la revolución viene la reacción, y vuelve a empezar el trabajo; la resistencia ha quedado si no vencida, debilitada. El día en que la suma de causas supera a la resistencia, ésta cede definitivamente.

En la marcha política se observa esto mismo. Una crisis parcial, una caída de ministerio viene a ser una revolución en pequeño, y como en toda revolución hay intereses perdidos, cucharas que al descender de la boca al plato encuentran ésta limpio, nuevos cesantes que ceden su puesto a otros ex-cesantes. Hay una parte del pueblo que vive de los cambios, suben cuando los suyos suben y hacen acopio para cuando bajan. Estos que viven a merced de la ley del progreso os podrán decir si no es cierta esta ley de las acciones y reacciones, si tras el choque no viene el retroceso, si la evolución entendida al pie de la letra no es incompleta.

Puedo asegurar que la evolución es un resultado de la revolución, así como la revolución un resultado de la evolución. La evolución es lo teórico, lo práctico es la revolución; lo uno es la expresión lógica de la ley, lo otro la expresión real.

Si recorremos la historia veremos que todos los grandes cambios, todas las transformaciones de un tipo social ó político en otro se han cumplido por revoluciones más ó menos violentas, según la resistencia era mayor ó menor. De quien resiste, no de quien embiste, depende la dureza del encuentro.

Si quien resiste es cuerdo y se retira a tiempo y quien embiste ciego, se da el caso de que su propio impulso le estrelle. Pero la resistencia debe resistir, luchar por su existencia y esta es la ley de la vida. Aunque prevea la catástrofe su instinto le lleva a conservarse, y cuanto más cercano ve su fin más extrema las ostentaciones de que aun vive; cuando se vislumbra una derrota se procura asustar al adversario.

VI.

La monarquía no es una simple idea, ni una simple institución reguladora, ni una mera forma de gobierno.

Es el núcleo en torno del cual se agrupan mil elementos independientes hasta cierto punto del pueblo, es el sosten de muchas fuerzas tradicionales agrupadas y concretadas.

La monarquía no es lo que era, pero aunque muera el viejo ideal, continua viviendo, no es lo que fué, pero es otra cosa. Hay en toda nación elementos invariables porque han llegado al colmo de sus aspiraciones, elementos tradicionales que quieren vivir y sostienen la vieja columna en que se apoyan. Son los que se llaman intereses creados, glorias tradicionales, derechos históricos, privilegios seculares, y otros mil nombres pomposos con que les saludan y reverencian la turba de los cangrejos y gentes de orden.

Crear que estos elementos son trasformables es creer que puede volar un buey; en ellos la evolución no cabe. Hay una época en que gozan de prestigio, en que representan al pueblo y sus intereses, pero llega otra en que ambas fuerzas se encuentran, la más viva y vigorosa vence, la revolución se cumple.

En nombre del orden se pretende a las veces eternizar la estabilidad, se quiere el reposo de la tumba, no el reposo de la vida.

La marcha interna es lenta, la externa no; aquella es la evolución, esta la revolución. No hago política, hago consideraciones histórico filosóficas; no digo lo que debe ser, digo lo que suele ser.

Se desconoce que el mundo marcha y no siempre por pasos insensibles, que cuando muere el invierno y la primavera llega, ó muere el otoño y el invierno nace, se producen tempestades, bruscos cambios atmosféricos, los cuales producen catarros y pulmonías. Cuidarse y no culpar al tiempo. La transición de una estación a otra es brusca. Se desconoce que cuando el hombre pasa de la juventud a la pubertad hay una crisis que pone en peligro al organismo, que cuando pasa de la pubertad a la virilidad hay otra crisis moral.

Se puede amenazar el choque, se puede embotarlo, detenerlo jamás. Una fuerza tradicional que pesa sobre un pueblo no desaparece poco a poco.

VII.

El deber del hombre es ayudar a la naturaleza, no contrariarla, porque entonces se volverán contra él sus propias obras, y el hombre debe trabajar en su dicha y perfección.

Debe fiarse el triunfo de las ideas a la razón, a la pacífica propaganda; todo hombre debe trabajar en la obra de la evolución interna, después de dejar que esta obra. Pero cuando llega el día en que la forma y el fondo se oponen, en que la evo-

lucion, llegada a su límite, choca con el obstáculo, le rompe y se produce el estallido, no vale renegar, es la obra de la naturaleza.

Por eso tantas gentes se asustan de su obra, sin calcular que la que llaman suya es la obra de la necesidad que ellos coadyuvaron, que fueron agentes inconscientes de un fin inevitable.

Hechos visto que hay dos elementos, uno interno y otro externo, uno social y otro político, el pueblo y su constitución. Esto es algo elástico, puede ceder un poco, no mucho, sin quebrarse, y como debe ceder, cederá. El pueblo adelanta, progresa y marcha, la evolución se cumple en él, mientras su organización queda estacionaria. Un día el pueblo pierde la fé en los antiguos ideales y estos, que persisten como muerto símbolo de lo que fué, se quiebran y desaparecen.

Estamos en un periodo histórico de indiferencia y desengaño; el pueblo no tiene fé en los gobernantes, el pueblo no tiene ideal político, pero sufre, calla y vive, desarrollándose en él una evolución lenta y segura.

Yo no digo que la revolución debe cumplirse, ni que puede cumplirse, ni que quiero que se cumpla; digo que se cumplirá. Yo creo que debe ser lo que es, que sólo lo que es puede ser. Y yo quiero siempre lo que venga. Señalo un hecho que creo la inducción me autoriza a prever y nada más.

En la Edad Media estaban aliados en España la monarquía y el pueblo contra los magnates; la monarquía era una fuerza viva y popular. Más tarde el pueblo no necesitó quien le representara, y en torno a la vieja institución se agruparon otros elementos tradicionales.

Hoy representa el centro y núcleo de un grande cúmulo de residuos; todo lo demás se explica y se prevé. Yo respeto mucho las altas instituciones del Estado, pero respeto más las profundas necesidades de la naturaleza.

Los unos piden revolución, los otros evolución, los de más allá orden. Yo nada pido; deo correr los sucesos y ellos traerán lo que ha de venir.

Creo que mucho de lo que llaman orden es la estabilidad del desorden, creo que cuando la evolución llega a su álgido periodo el choque se produce. Lo que cumple es amenazar su violencia y acelerar su fin. No hay que asustarse; tras la lluvia torrencial brilla el sol más claro que antes.

M.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES